

El fútbol, ¿símbolo de las sociedades postmodernas?



ALBERTO VITAL

En el más importante poema del siglo XX, *The Waste Land*, una voz toma como admonición y ejemplo la muerte de Tiresias y dice que éste “olvidó el ganar y el perder”. Vista bajo semejante luz, la muerte es un descanso y la vida un vaivén entre la victoria y la derrota, el triunfo y el fracaso. Ese vaivén esencial convierte al deporte en un símbolo de la vida.

Jean François Lyotard entiende que la sociedad postmoderna se rige por múltiples reglas de juego: éstas son condiciones y mecanismos de interacción que garantizan el intercambio de mensajes, de conocimientos y de otras mercancías, como el placer. También bajo esa luz el deporte puede verse como un símbolo potencial de la vida colectiva contemporánea.

El juego se sustenta en valores como la equidad y la simetría, que son dos fundamentos de la justicia. Otro principio capital del juego es la delimitación; ésta constituye de hecho un rasgo característico de las sociedades que se apoyan en la planificación racional de los recursos. La delimitación se produce en tres parámetros decisivos:

- 1) el tiempo,
- 2) el espacio y
- 3) el número de participantes.

Las sociedades industrializadas de hoy (aún no las llamemos postmodernas) se caracterizan por procedimientos que son tanto más eficaces en la medida en que están mejor delimitados. Estos procedimientos deben facilitar un vertiginoso y (más o menos) equitativo intercambio de mercancías de la más diversa índole, lo que convierte a todo individuo en una parte infinitesimal de esa vastísima maquinaria expuesta por Charles Chaplin en la tragedia/comedia de *Tiempos modernos*.

Los *Tiempos postmodernos* podrían caracterizarse por la renuncia —entre las cabezas pensantes— a salvar al individuo de esa maquinaria proporcionándole una ética y una estética, esto es, una vía para responder a sus preguntas sobre su papel en el mundo, frente a los otros y frente a su propio

potencial creativo, irreductible. En ese sentido, es cierto que la modernidad sólo ha concluido para algunos sectores de grandes intelectuales y artistas,¹ pues para las grandes industrias (proveedoras de servicios, de bienes y placeres, e hijas hasta cierto punto contrahechas del proyecto de Modernidad construido desde la Ilustración hasta la primera mitad del siglo XX) aún siguen siendo válidas en la práctica las premisas de un tiempo lineal que nos lleva inexorablemente a una vida mejor para todos.² El único freno a esta fe supérstite en el progreso es la conciencia ecológica, cuyo relativo fracaso sin embargo se puso de manifiesto en la Cumbre de Río a principios de la década, cuando el presidente norteamericano se negó a concretar algunas medidas que, a cambio de disminuir índices de ganancia en la producción industrial, habrían atemperado la indiscriminada explotación de los bienes naturales. En esa Cumbre, los intereses nacionales se sobrepusieron a los mundiales, con lo que se demostró que una estratégica noción habermasiana —la del consenso universal como uno de los rasgos de la Modernidad— carecía *aún* (o *ya*) de vigencia ante la fuerza de los intereses particulares.

Para algunos postmodernos radicalmente escépticos, la falta de una ética y una estética confiables se compensa con el juego, esto es, con un procedimiento creativo reductible a reglas explícitas que pueden combinarse *ad infinitum* y que derivan en el eclecticismo porque no deben ni necesitan comprometerse con un solo sistema de valores. La contigüidad con las disciplinas de la construcción de esta práctica

¹ Un buen ejemplo sería Octavio Paz, quien de cualquier modo admite que la nueva época es aún indescriptible porque sólo ha mostrado algunos de sus rasgos.

² Aquí cabe la distinción entre Modernidad instrumental (industrial y tecnológica) y Modernidad cultural (productora de interpretaciones y de símbolos). El principal problema para aquélla es el deterioro ambiental; para ésta, el deterioro de los grandes sistemas explicativos: los metarrelatos de Lyotard.

artística más o menos mecánica y dependiente de un oficio y de una técnica sólidos, se refleja en el hecho de que la postmodernidad se haya manifestado en la arquitectura antes que en ningún otro sitio.

En este juego ecléctico no tienen cabida ni la épica ni la revolución, que son procedimientos irreductibles a una maquinaria, esto es, a un pensamiento ya ocurrido de una vez y para siempre y fijado y concretado en una serie de actos y conductas. También son procesos en principio ilimitados; más aún, son los mejores ejemplos posibles de lo no-delimitado, de lo ilimitable, y de ese modo no pueden reducirse a un juego. En resumen, *este* tipo de postmodernidad es anti-épico y post-revolucionario, a cambio de ser lúdico, versátil y rico en posibilidades combinatorias; de hecho, incluso algunos rasgos épicos y revolucionarios (como los que procuraron las vanguardias de los veinte y de los sesentas) pueden entrar en este juego, bajo la condición de que aparezcan como una parodia, esto es, como una despotenciación traviesa y aun capaz, si quiere, de mezclarse con elementos líricos, elegiacos y conservadores.

Cuando sentimos que cualquier objeto o fenómeno —el que sea— ejemplifica algún concepto, es que en realidad no hemos definido bien el concepto, acaso porque ello todavía no es posible. Para evitar aquí esta irrelevancia intelectual, ya mencioné algunos lazos del deporte y, en general, del juego con la noción lyotardiana de postmodernidad. Dicha noción habla también de un cambio del estatuto del saber dentro de las sociedades en las que el avance tecnológico exige una vertiginosa transmisión —un tumultuoso intercambio— de datos: el saber, hipercodificado en estos datos, ha dejado de ser “formativo” (como había sido en las universidades desde la Edad Media) y se ha vuelto básicamente informativo: estadístico, cuantificable, hiperespecializado, “historiable” dentro de parámetros perfectamente establecidos.

Aquí creo hallar otro rasgo postmoderno de los deportes más desarrollados (por ejemplo, aquellos que se incluyen en los Juegos Olímpicos): esos deportes se organizan y perviven con base en cifras, datos, marcas, comparaciones, estadísticas diacrónicas, *records* constantemente puestos al minuto: se han convertido en gigantescas industrias de la transmisión instantánea de *bytes* de información; por eso también, paradójicamente, han perdido parte de su carácter lúdico: porque sobre el individuo que los ejecuta ha caído el peso de una maquinaria ávida de nuevos acontecimientos susceptibles de ser festejados y absorbidos por los esquemas ya existentes. Desde tal óptica, es cierto que los deportes no son sino típicas industrias chaplinianas que se sitúan adecuadamente en la intersección de esos dos conjuntos llamados Modernidad y Postmodernidad; su carácter postmoderno se cifra en el tratamiento del saber. Y, así, son por lo pronto símbolos de una intersección, ejemplos de un cruce muy preciso de dos vastas constelaciones temporales y hasta cierto punto también geográficas.

Pero en este punto los deportes han llegado aún más lejos, pues no sólo son un ejemplo de hipercodificación del

saber, sino que —y esto es más trascendente— representan ya una *sustitución de saber*: amplios sectores sociales han desmantelado otras formas de saber para estar en condiciones de saturarse con una gran cantidad de información sobre los deportes, especialmente el fútbol. Y es precisamente la hipercodificación la que garantiza la sustitución: el saber tiene que ser accesible y convertirse fácilmente en números, pues éstos poseen el prestigio de la objetividad *a priori*, de la universalidad y de la capacidad de construir esquemas para establecer secuencias y jerarquías.

La modernidad instrumental se desembaraza del pasado o lo convierte en una industria. Pero no puede eliminar la escritura de la historia, esto es, la fijación, la organización, la narración y la interpretación de los acontecimientos. Esta escritura es, en su sola práctica, una forma de acceso privilegiado —aunque no tumultuoso— a la opinión pública, lo que convierte al historiador en un personaje importante y respetable: Porfirio Díaz ya no existe, y todo su poder se ha desvanecido, pero aquel que estudia e interpreta el Porfiriató está en condiciones de recoger los residuos de la relevancia de toda aquella *belle époque* e incorporarlos a un vasto fresco, tanto más influyente en la medida en que explique con coherencia el mayor número de fenómenos. El papel que en México juegan algunos historiadores, hoy más famosos que nunca,³ depende de su amplio conocimiento de lo que el país ha sido, pues ello les permite prever lo que será si se cumplen ciertas condiciones y se dan ciertos pasos. Incluso, no sería exagerado suponer que en la llamada *transición democrática* los historiadores han cumplido un papel cercano al que cumplió en Checoslovaquia un dramaturgo como Havel durante los años previos y los meses posteriores a la caída del muro de Berlín: catalizadores de posibilidades históricas y orientadores de grupos carentes de otros liderazgos.⁴

Ahora bien, puesto que la *transición democrática* es un ejemplo sumamente característico de propuesta política que, basándose en conocimientos históricos, sacude intereses muy profundos y arraigados, entonces tales conocimientos resultan riesgosos para estos intereses: es posible rastrear una forma de nulificación consciente o inconsciente del saber histórico a través de los deportes convertidos en historias sustitutas, fácilmente cuantificables, vertiginosamente transmitidas,

³ Pensemos en Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín, entre otros. La conciencia sobre la importancia y la fuerza de la escritura de la historia puede también advertirse en *El espejo enterrado* (1992), donde Carlos Fuentes se remonta a los orígenes de España para ofrecer un fresco de la convulsa historia de América Latina.

⁴ El liderazgo de los historiadores ha sido menos dramático que el de Havel, ese Segismundo del siglo XX que durmió en la cárcel y casi literalmente despertó en la Presidencia de la República. Por lo demás, la influencia de aquéllos ha sido importante sobre todo entre las clases medias urbanas más o menos informadas. El liderazgo en otros sitios recae en representantes de instituciones como la Iglesia; de hecho, en Chiapas, donde el sistema político es decimonónico, el gobierno ha sido mucho más conservador que algunos ministros de esa institución, paradigma del conservadurismo en otras épocas y en otras regiones.

rápida y objetivamente analizadas. De ese modo, en efecto, con los deportes y con otras prácticas sociales se ha llegado (gracias sobre todo a la ayuda de los medios electrónicos y cibernéticos) a una *sustitución de historias* entre amplios sectores de todo el mundo: a cambio del saber formativo, se ha producido un saber "histórico" altamente codificado, esto es, regulado. Este saber sería también inofensivo si no fuera porque esos mismos sectores han acabado asumiendo con todas sus consecuencias semejante sustitución, y ello ha traído que una derrota deportiva se transforme en una vergüenza nacional.⁵

Desde hace miles de años, la épica ha sido un modelo de conducta. Lo ha sido sobre todo registrando y narrando las guerras tradicionales, pues para éstas el poderío del cuerpo, la astucia de la mente y la preparación del espíritu eran decisivos para la victoria. Y el deporte es el último vestigio de la guerra tradicional: ambos comparten el choque de los músculos y la invasión del territorio ajeno por parte de una infantería pobre en armas y en pertrechos pero rica en espíritu y en voluntad. Y comparten, antes que nada, valores como la gallardía, la resistencia, la caballerosidad, la vehemencia, la juventud, el conocimiento del terreno, la habilidad estratégica.

Ahora bien, las sociedades industriales de nuestro tiempo requieren de ejércitos de operarios que, si trabajan motivados y convencidos, rinden más y contribuyen al aumento de la productividad. Y precisamente el deporte —en particular alguno con las características del fútbol, mucho más "épico" que el tenis o el volibol— suscita en la multitud el recuerdo inconsciente de la batalla tradicional, honrosa porque su desenlace depende de valores positivos. Y es así como algunos valores tradicionales se canalizan en beneficio de la productividad: el operario casi no tiene otro sitio, más allá del trabajo, para orientar el impulso positivo que le produjo la victoria de su equipo.

Un espléndido ejemplo de la importancia del fútbol como épica fundadora y orientadora lo ofrece la Alemania Occidental de la primera mitad de los años cincuenta: el propio canciller federal, Helmut Kohl, reconoció en 1990 que la motivación proporcionada por la victoria en el Mundial de 1954 ayudó a sus compatriotas casi más que ninguna otra cosa a superar el trauma de la debacle de 1945; si así

fuera, el célebre *milagro alemán*, que reconvirtió industrialmente a una Alemania hecha pedazos, habría debido muchísimo a la revaluación de los símbolos y de los proyectos nacionales a través de un partido de fútbol. Ese encuentro, hoy "legendario", se caracterizó porque muy pronto Alemania perdía ya 2-0 ante Hungría (destinada por los augures a ser campeona del mundo) y finalmente supo sobreponerse y venció. Pero, ¿qué habría sucedido si Hungría hubiera evitado que Alemania le anotara tres goles y revirtiera el marcador? ¿Es que su modelo de sociedad, previo al aplastamiento soviético de 1956, se hallaría hoy en el centro de Europa, como se encuentra el alemán?⁶

Sin embargo, el fútbol es en realidad una épica sustituta (los deportes en su conjunto podrían verse como una *sustitución de épicas*), puesto que se trata de una épica meramente representativa, donde la derrota es la muerte, el técnico el comandante y el gol la posesión simbólica del fuerte defendido o la espada al clavarse en el cuerpo ajeno; además, se trata de una "épica" bien delimitada: un hombre cualquiera tiene apenas noventa minutos para alcanzar el heroísmo o la ignominia y para llevar a su país a la gloria o al infierno, pues, un segundo después del silbatazo final, la anhelada portería se convierte en un objeto inútil: deja instantáneamente de ser un símbolo y se recosifica.

En resumen, el fútbol, como una épica sustituta, ha contribuido a la consolidación de la Modernidad instrumental en sociedades industriales y a una forma de dicha entre grandes sectores en países donde ésta difícilmente se alcanza de otra manera. Su carácter de símbolo postmoderno se halla en su esencia lúdica, pero sobre todo en lo que tiene de *Ersatz*, de *sustituto*, porque otro de los rasgos fundamentales de la Postmodernidad es justo la muerte de la originalidad como uno de los rasgos esenciales aportados por el Romanticismo, ese compañero de ruta de la Modernidad. El esteta postmoderno se caracteriza —más que por las creaciones— por las sustituciones, como la que puede apreciarse en el siguiente enunciado: "Pierre Menard, autor del Quijote." El deporte (en especial el más influyente: el fútbol) se incorporaría así a una percepción de los hechos y de las posibilidades de acción comunicativa y productiva distinta de la típicamente moderna, para la que, por definición, lo nuevo, lo original, lo cambiante, es o era carta de naturaleza y guía.

Pero existen dos diferencias cruciales entre los dos ejemplos que acaban de citarse:

1) el primero explicita su carácter fundamental como puesta en evidencia de una sustitución, mientras que el segundo oculta celosamente su esencia y su papel;

⁵ La Guerra del fútbol entre El Salvador y Honduras, a raíz de unas eliminatorias en 1969, es el ejemplo más lastimoso de hasta qué punto una historia sustituta, una pseudohistoria nacional, desborda los cauces de la ficción colectiva y penetra en la historia auténtica. Por lo demás, los ostentosos encabezados de los periódicos no han hecho sino enfatizar los efectos nocivos, pero aparentemente inevitables, de tal sustitución: frases como "Perdió México", "¡Vencidos!", "Nos eliminaron", "México fuera", entre muchas otras, se convierten en auténticas balas expansivas que no sólo se circunscriben al territorio al que en principio se refieren, sino que amplían su huella hacia el resto del cuerpo social, y de ese modo suplantán, así sea sólo en un nivel puramente simbólico y semántico, a la historia general por medio de una historia muy particular: para aquélla, México no pierde en rigor desde 1867; para ésta, lo hace consuetudinariamente. Pero es ésta la que se convierte en modelo de conducta para muchos actores sociales.

⁶ Las anteriores preguntas son estrictamente especulativas; en cambio, es muy cierto que otro gigante futbolístico, Brasil, ha convertido ese deporte en una "religión" por razones de sustrato cultural, que hace posible un poderoso sincretismo. Pero ocurre también que Brasil es una sociedad muy contrastante, en la que cien millones de seres humanos sólo acceden al éxito por medio de la pelota manejada por ellos mismos o por individuos que se les parecen muchísimo.

2) el primero es una desautomatización de hábitos de percepción de la historia (literaria), mientras que el fútbol refuerza la automatización de nuestra percepción precisamente a través de los constantes paralelismos “históricos” que los programas deportivos establecen entre partidos o campeonatos de distintas épocas.

En síntesis, parecería ocurrir que el deporte, cuya creciente fuerza social lo vuelve cada vez más significativo y cuyo paradigma es el fútbol, habría llegado a ser para los grupos de población más amplios lo que la estética (o corriente o condición) postmoderna es para un grupo de personalidades enclavadas en distintas disciplinas del saber y del quehacer humanos: un juego a partir de sustituciones, combinaciones, “representaciones” paródicas o simbólicas. Pero incluso podría irse más lejos y sospecharse que el fútbol es más que eso: el fútbol es la sustitución, es el sucedáneo de la Postmodernidad que se ofrece a todo el mundo en la medida en que ha sabido atraer a individuos de todos los cortes de población (hombres y mujeres, ricos y pobres, ancianos y jóvenes, científicos y humanistas, cultos e incultos): un lector de Borges puede ser aficionado al fútbol, lo que significa que la distinción entre cultura hegemónica y cultura popular no funciona en este caso.⁷ Si así fuera, el fútbol sería un juego que sustituye a otro juego que a su vez se basa en sustituciones: sería la sustitución de una sustitución, un *Ersatzersatz*.

La experiencia señala que un novelista ejecuta su mejor obra a partir de los treinta años; en cambio, el poeta puede brillar desde que es un *teenager*: en el primero parece indispensable una maduración que incluya una apropiación muy amplia del mundo, de los mecanismos sociales, las mentalidades y las conductas; en el segundo basta casi con la apropiación de sí mismo. En el primero confluyen los demás, convertidos en voces diversas, disímiles, tal vez discordantes; en el segundo puede oírse una sola voz y ella sería suficiente para construir un universo. Pero a ambos los embosca la decadencia: ¿cómo ubicar con exactitud el momento en que ya no son los mismos, en que su inventiva se parece cada vez más a la suma de sus recursos? La solución a esta inquietud es tanto más sutil en la medida en que incluso una enfermedad pudiera ser un estímulo, como les ocurría a Proust, a Thomas Mann, al *Fin de Siècle*: el arte no depende *a fortiori* de la salud.

En las actividades del cuerpo la cima y la decadencia de cada individuo son puntos que pueden registrarse con mayor precisión: la edad, la mengua en la elasticidad de los

⁷ Se sabe que Borges acostumbraba reírse de la pasión de sus compatriotas por el fútbol: para él había una distancia insalvable entre la cultura del individuo y todas las manifestaciones de las masas. Su manera de apropiarse de expresiones populares (la milonga, el tango, un dialecto muy de compadrito en “Hombre de la esquina rosada”) refleja a un individuo capaz de admitir y emplear ciertas formas —y sólo esas— con tal de no excluir de su obra absolutamente todo lo popular: esto era para Borges otra tradición, y él quería deberse a todas.



músculos y el empuje de las generaciones más jóvenes son síntomas que aconsejarían el retiro a un ser inteligente, capaz de librarse de las tentaciones de una sociedad de consumo que ve a los nombres conocidos (Coca-cola, Laura Esquivel, Maradona) como marcas en las que ya se invirtió un capital y que por lo tanto resultan más productivas que los apellidos y los apelativos ignotos: en realidad, a esas marcas les están prohibidos el silencio a tiempo, el descanso, la cuidadosa lejanía.

De ese modo, en la sociedad contemporánea, oscilante entre la Modernidad y la Postmodernidad, los individuos pueden ser remplazados y sustituidos, como las refacciones, pero las marcas son insustituibles: en ese juego de sustituciones en que se mueven hoy muchos imaginarios y mecanismos, lo único que parece insustituible es la marca que ya se prestigió en el mercado; ésta pierde incluso un derecho fundamental: el derecho a retirarse, a desaparecer, a morir. ◆